

Rosa María Burrola Encinas
(Universidad de Sonora)
Martha Elena Bracamontes
(Universidad de Sonora)

DOS RELATOS DE VIAJE POR EL SEGUNDO IMPERIO MEXICANO

Fecha de recepción: 01.12.2017 **Fecha de aceptación:** 26.03.2018

Resumen: En este artículo proponemos un análisis de dos relatos de viaje. Se trata de las memorias de dos austriacos que viajaron a México como parte del acompañamiento de los archiduques Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica, cuando fueron designados emperadores de México (1864-1867). La primera fue escrita por Paula Kollonitz, quien permaneció durante seis meses en el país y se desempeñó como una de las damas de compañía de la emperatriz. Al regresar a su patria escribió *Eine Reise nach Mexiko im Jahre 1864 (Un viaje a México en 1864)*. La segunda es de Carl Kevenhüller, uno de los oficiales del cuerpo de voluntarios que llegaron a tierras mexicanas como tropa personal del emperador. A partir de los diarios y cartas que escribió durante su estancia surgió “Tres años en México”, publicado por primera vez en 1983 en el libro *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867* de Brigitte Hamann. La problemática que nos interesa estudiar en estas dos memorias es la imagen que proponen del Segundo Imperio Mexicano, la cual es configurada a través de las características particulares, en tanto relato de viajes y narrativas del yo, que ambas memorias despliegan.

Palabras clave: memorias, relato de viaje, Segundo Imperio Mexicano, narrativas del yo, siglo XIX

Title: Two Travel Narratives of the Second Mexican Empire

Abstract: In this article we propose an analysis of two travel narratives. These are the memoirs of two Austrians who traveled to Mexico as part of the entourage of the archdukes Maximilian of Habsburg and Carlota of Belgium when they were appointed emperors of Mexico (1864-1867). The first memoir was written by Paula Kollonitz, who spent six months in the country and served as one of the Empress's ladies-in-waiting. Upon returning to her homeland, she wrote *A Trip to Mexico in 1864*. The second is by Carl Kevenhüller, one of the officers of the corps of volunteers who arrived in Mexico as a personal troop of the Emperor. From the diaries and letters he wrote during his three-year stay in Mexico, came up *Mit Kaiser Max in Mexiko: aus den tagebuchdes fürsten Carl Khevenhüller: 1864-1867*, first published in 1983. The problem that we are interested in studying in these two memoirs is the image of the Second Mexican Empire, constructed through the particular features that both memoirs unfold, such as travel and self-narratives.

Keywords: memoirs, travel narratives, Second Mexican Empire, self-narratives, nineteenth century

INTRODUCCIÓN

En los inicios del siglo XXI, cuando el afán primordial del imperio global es conquistar mercados, no estados ni territorios, la idea de nación como origen y memoria compartida se desmorona sin sentido. Las fronteras imaginarias o geográficas, reales o metafóricas, ya no constituyen ningún tipo de certeza sino que, por el contrario, parecen alzarse como difuminadas zonas por donde se fugan las pertenencias a un tiempo y espacio inequívocos.

La institucionalización de la memoria permite dar coherencia a los fragmentos diseminados de aquel pasado para crear una imagen susceptible de ser reconocida. Entre los mitos fundacionales de México, los relacionados con el nacimiento de la nación han ocupado de manera prioritaria la atención de la crítica. Este renovado interés quizás no sea sino la expresión de una obsesiva vuelta a los orígenes y una búsqueda de las claves que desvelen los motivos y causas de los conflictos actuales. En esta indagación, la génesis del sujeto moderno cobra especial relevancia y en este contexto las narrativas del yo y los relatos de viajeros se descubren como escrituras idóneas para buscar en las formas y los modos en los que las distintas subjetividades negociaron su estar en el mundo.

Este interés por los escritos de viajes en forma de memorias, correspondencias, bitácoras o diarios ahora resurge investido de un valor documental, literario inclusive, y responde a una estética de lo testimonial, de lo “real”. Estos documentos se han convertido en preciados lugares a los que se les interroga por anclajes simbólicos que alimenten “la ansiedad de orígenes”. Estos sentimientos, que parecen ser una de las caras de la modernidad, son los que probablemente explican el interés por esos documentos que ahora son editados y sometidos a las más novedosas lecturas que la teoría literaria posibilita.

Los relatos de viaje son trascendentales para la construcción de los discursos nacionales; asocian pueblos a sus paisajes, delinean identidades, localizan centros y periferias. En suma, ubican tiempos y espacios. Se edifican como una vasta empresa de generación de identidades nacionales, de campos de lectura y de una primera globalización cuyo rostro fue, y es, el proyecto expansionista de los grandes imperios mundiales. México no ha sido ajeno a este fenómeno: se han sucedido, en distintos tiempos y con distintos fines, oleadas de extranjeros que se han internado en su territorio y, en algunos casos, han legado un rastro indeleble de su paso a través de sus escritos de viaje.

El siglo XIX europeo y norteamericano se caracterizó por un gran desarrollo económico y una marcada política de penetración en otros países susceptibles de convertirse en consumidores y en proveedores de materias primas. En este contexto México resultaba un país especialmente atractivo pues recién se emancipaba de España y se presentaba como una región dotada con grandes recursos naturales. Estrechamente relacionado con estos intereses económicos expansionistas, en las distintas décadas del siglo XIX destacan los escritos extranjeros de una u otra nacionalidad. En efecto, una vez finalizado el dominio español, llegan a México viajeros que hasta 1960 producen obras de manera casi ininterrumpida. Predominan los relatos de ingleses, seguidos por franceses y, en menor medida, por americanos y alemanes. Durante la Intervención Francesa, en los años de 1860 a 1865 se registra un incremento de obras de viajes, aunque la última década es quizás el periodo del siglo de mayor auge de estos escritos.

Sin duda, el iniciador de esta serie de literatura viajera es Alexander von Humboldt, con su *Ensayo político del Reino de la Nueva España*, el cual forma parte de la obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, publicada entre los años de 1799 y 1804. Se trata del primer estudio sobre el paisaje, clima y población de la Nueva España. Es a través del gran relato que Humboldt hace de Hispanoamérica que los intelectuales republicanos entran en diálogo con el sabio, los mismos que en su discurso fundamentan el nuevo americanismo despojando al discurso humboldtiano de todas sus contradicciones para erigirlo en el máximo garante de las nuevas realidades recién fundadas.

Luego de consumada la Independencia se suceden varias oleadas de extranjeros que con muy más diversos motivos se desplazan hacia México. Muchos de los escritos de esos viajeros han resultado de gran importancia en la configuración de la imagen nacional.

La obra del enviado estadounidense Joel R. Poinsett inaugura la literatura de viajes anglosajona. Tras él llegan los ingleses William T. Penny, Georges Frances Lyon y el representante de la Corona británica, Henry George Ward. Todos ellos tienen una visión mediada por la obra de Humboldt. Otras dos obras anglosajonas que contribuyen a la consolidación de los arquetipos sociales son la escrita por la esposa del primer embajador de España en México, Frances Erskine Inglis, marquesa de Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país (1839-1842)*, y la de Brantz Mayer, quien estuvo en México de 1841 a 1842, autor del libro *México, lo que fue y lo que es*.

Los viajeros franceses se presentan más heterogéneos en cuanto a intereses. Encontramos aventureros como Ernest de Vigneaux o precursores de la arqueología e historia antigua de México como Désiré de Charnay. Entre los alemanes podemos mencionar a Carl Koppe, primer cónsul general de Prusia en México, al comerciante hamburgués Carl Christian Becher y al mineralogista alemán Joseph Burkart Eduard Mühlenpfordt, a quien se considera precursor de estudios sociológicos sobre grupos indígenas.

Por último, sin la intención de ser exhaustivos, es importante para nuestro análisis detenernos en los años de la Intervención Francesa y el Segundo Imperio Mexicano (1863-1867). En este periodo llegaron a México aventureros, soldados y otros extranjeros que vinieron en el séquito de los archiduques Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica. La condesa Paula Kolonitz, dama de compañía de la emperatriz Carlota, escribe sus impresiones sobre diversos aspectos de la cultura mexicana en *Un viaje a México en 1864*. Existen también varias obras escritas por oficiales del cuerpo voluntario austriaco leales al imperio. Entre ellas podemos mencionar la colección de escritos del diario del príncipe austriaco Carl Khevenhüller, el libro *Memorias de México* del barón danés Henrik von Eggers, quien vino a México de 1865 a 1867, y la obra del oficial francés Éloi Lussan, quien publicó *Souvenirs du Mexique*, donde registra sus recuerdos sobre la guerra de intervención.

El halo romántico, trágico o heroico, según se le mire, de este periodo de la historia mexicana ha despertado la atención y la imaginación de historiadores, escritores y otros artistas, para quienes han sido fuente invaluable las memorias que los testigos de esta época, tanto extranjeros como nacionales, nos han legado. Como ejemplos de un renovado interés académico en el Segundo Imperio podemos citar el libro *Historias de un imperio: Maximiliano y Carlota en México* (Mejías 2016), en el que se ofrece

un panorama de las artes escénicas, teatro, novela y poesía decimonónica que se inspira en el imperio mexicano de Maximiliano y Carlota. Es interesante también mencionar la realización del “Coloquio Internacional Repensar el Segundo Imperio”, realizado en México en 2014 con la finalidad de retomar el estudio de este periodo especialmente en sus manifestaciones literarias y periodísticas.

En nuestro caso en particular, consideramos que para el estudio del Segundo Imperio puede resultar interesante asomarnos a las memorias de dos de los austriacos que viajaron a México como parte del acompañamiento de Maximiliano y Carlota, ya que constituyen testimonios privilegiados por su cercanía a los emperadores y, en conjunto, proporcionan una narración completa de aquella etapa histórica. Nos enfocaremos entonces en las obras de Kollonitz, quien gozó de una posición cercana a los emperadores, y en la de Khevenhüller, uno de los oficiales del cuerpo de voluntarios que llegaron a tierras mexicanas como tropa personal de Maximiliano.

Quizás en este punto de la exposición resulte pertinente aclarar que no vamos tras el desvelamiento de las claves biográficas de esas dos figuras, ni pretendemos hacer una historia del referente histórico o territorial a través de la interpretación de los textos. Sin embargo, la parte autobiográfica e histórica de los discursos que pretendemos examinar son dos dimensiones innegables e intensas en ellos. Es probable que sea precisamente la naturaleza híbrida de los textos que nos sirven de objeto lo que legitime estimarlos en calidad de registro sensible de una época y, en consecuencia, como una manera de interrogar, conocer y construir una coyuntura específica. Nuestro interés se centra entonces en la configuración de la imagen del Segundo Imperio mexicano, examinada a través de las características particulares, en tanto relato de viajes y narrativas del yo, que ambas memorias despliegan. Podríamos afirmar, pues, que el presente análisis se alimenta de los estudios de imagología, narrativas del yo y los estudios sobre literatura de viajes.

Es preciso introducir una importante matización en la explicación de los grandes desplazamientos de la época a la que nos referimos: si bien es cierto que los viajes de Europa a América eran concebidos fundamentalmente como un instrumento de desarrollo y consolidación de la burguesía europea en expansión, y los viajes al interior de los territorios republicanos efectuados por los intelectuales y funcionarios radicados en las capitales hegemónicas de esos países eran precedidos por una visión vertical y culturizadora, producen colateralmente, no obstante, lo que Pratt llama una “zona de contacto”, la cual por lo general implica condiciones de “coerción, radical inequidad e intolerable conflicto” (1997: 34). Se trata de una encrucijada espacio-temporal que se puede entender como un territorio fronterizo en el que se establece una precaria y efímera confluencia que permite confrontar visiones y modos de estar en el mundo.

Por las razones expuestas en el párrafo anterior, antes de dar paso al examen de los textos de Kollonitz y Khevenhüller, es importante insistir en que las dos obras son escritas por extranjeros que se internaron en México como parte de las fuerzas intervencionistas. El conflicto armado e ideológico que en esos momentos se vivía en México no era solamente una lucha entre un ejército extranjero y uno nacional, sino también un enfrentamiento interno entre conservadores y liberales, entre monárquicos y republicanos, y entre posiciones europeizantes y nacionalistas. A la luz de este contexto podemos entender que para los republicanos decimonónicos significaran una afrenta

nacional muchas de las apreciaciones que los viajeros foráneos plasmaron en sus escritos. Así lo expresa Ignacio Manuel Altamirano: “asi todos los viajeros nos han calumniado, desde Lovestern y la señora Calderón, hasta los escritores y escritoras de la corte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndole sus sátiras menipeas contra nosotros” (1868: 16). Aun cuando no es nuestro objetivo en este estudio confrontar los puntos de vista de esos viajeros con los intelectuales republicanos, es importante no perder de vista que los discursos que ahora analizamos se originaron al calor de una guerra intervencionista.

EL VIAJE DE LA CONDESA PAULA KOLLONITZ

La primera obra que examinaremos es *Eine Reise nach Mexico im Jahre 1864* (*Un viaje a México en 1864*), escrito por la condesa Paula Kollonitz, a partir de una estancia de seis meses en el país en calidad de dama de compañía de la emperatriz Carlota de Bélgica. El libro fue publicado en Viena en 1867, originalmente en alemán. Un año más tarde se realizaron las traducciones al inglés y al italiano. No se conoció en español hasta 1976. Estos datos revelan la atención inmediata que suscitó en Europa y la displicente y fría recepción que tuvo en México. Las tres ediciones, en alemán, inglés e italiano, realizadas en menos de dos años, evidencian hasta qué punto las potencias europeas, a partir de las independencias, habían renovado su interés por los asuntos americanos, y señalan también la intensidad con la que la aventura imperialista de Maximiliano y Carlota había captado la curiosidad y la imaginación de los habitantes de esa parte del mundo.

La condesa Kollonitz narra parte importante de la misión mexicana conferida a Maximiliano; ella formaba parte del séquito de 85 personas que acompañaron a los emperadores a México. El relato inicia antes de embarcar en el puerto de Miramar en la ciudad de Trieste en Italia, de donde partieron el 14 de abril de 1864, para arribar al fuerte de San Juan de Ulúa en Veracruz el 28 de mayo de 1864. Documenta el recorrido desde este puerto hasta que Maximiliano y Carlota se instalan en la ciudad de México el 12 de junio del mismo año, así como los primeros meses del desventurado imperio hasta que la condesa se embarca para regresar a su patria en noviembre del mismo año. Asimismo, describe el periplo por el Atlántico a bordo de la fragata *Novara* y su escolta, el buque francés *Themis*. Durante el mes de travesía se detuvieron en Roma, en algunos puntos de España y en las islas Madeira, La Martinica y Jamaica.

Durante los seis meses de su estancia en México (mayo-noviembre de 1864), Kollonitz ofrece una mirada privilegiada del Segundo Imperio Mexicano. A lo largo de su relato plasma sus impresiones sobre los emperadores y otros importantes personajes históricos, como el Mariscal francés Bazaine y los generales mexicanos Miguel Miramón y Tomas Mejía. También se detiene a considerar el censurable desempeño de las tropas francesas y del Mariscal Bazaine y describe las costumbres de la sociedad mexicana de la época. *Un viaje a México en 1864* está escrito en forma de diario y consta de diez capítulos originalmente aunque, al conocer la muerte del emperador, la condesa agregó un apartado más para dar cuenta de este acontecimiento.

Aunque es difícil conocer con toda certidumbre los propósitos de Kollonitz cuando escribió *Un viaje a México en 1864*, las circunstancias de su publicación y de su escritura hacen parecer improbable que el único fin haya sido el de transmitir a sus familiares y amigos las aventuras vividas a lo largo de su estancia. Quizás la condesa quiso aportar conocimientos acerca de un país atractivo para las grandes potencias de la época, tal como fue el objetivo principal de dos de los referentes que ella misma señala en su obra: *Ensayo político sobre la Nueva España* de Alexander von Humboldt y *La Conquista de México* de William Scott. Tampoco resulta inadmisibles suponer que a través de su libro haya querido apoyar y dejar constancia de la misión encomendada a los archiducos de Austria. Entre las posibles motivaciones y receptores que el texto y su contexto inmediato sugieren, dos se perfilan con mayor claridad. Una es la gran aceptación que los libros de viajes tuvieron entre el público europeo decimonónico, particularmente los dedicados a regiones exóticas. La segunda posibilidad es la importancia que estos relatos revestían para las potencias de ese continente, ya que alimentaban sus ansias de expansión y de riquezas. Así se explica la gran cantidad de libros que escribieron muchos de los extranjeros que participaron en el Segundo Imperio.

Ahora bien, si tomamos en cuenta las razones hasta aquí expuestas, resultará explicable que una mujer culta como la condesa Kollonitz, con los recursos suficientes y el acceso privilegiado a información y espacios que su posición en la corte de la emperatriz le permitió, se haya decidido a escribir el recuerdo de una aventura que seguramente marcó su memoria como uno de los hechos indelebles de su vida.

Por el detallado relato etnográfico, el riguroso orden cronológico y por las tendencias de la época, es fácil suponer que la condesa llevaba un diario o un registro de sus impresiones del cual surgió *Un viaje a México en 1864*, un libro que no escribió hasta que regresó a su país. De esta manera se presentarían dos momentos escriturales: primero, las notas tomadas en forma de diario escrito en un presente inmediato y, segundo, el libro mismo que se conforma como un relato de viaje, el cual está escrito mezclando varios tiempos verbales, rasgo que sugiere los distintos tiempos de enunciación superpuestos.

No es asunto de menor importancia para el estudio de este texto el que se haya escrito cuando ya la autora se encontraba instalada de nuevo en Europa, en un momento en que, aun cuando el imperio de Maximiliano ya atravesaba momentos difíciles, todavía no se desencadenaba el trágico desenlace que daría fin a este episodio de la historia de México. Así se puede constatar en el siguiente pasaje tomado de la página final del libro:

Desgraciadamente, de más allá del mar llegan noticias funestas y melancólicas y las grandes desventuras y las profundas angustias de los tiempos pasados parecen haber reaparecido en aquella tierra encantadora. Lo deplora de todo corazón por la pareja imperial, por los amigos que buscaban una nueva patria adoptiva y por la población del país, que conmigo no tuvo sino pruebas de afectuoso benevolencia y amistad. (Kollonitz 1984: 187)

Estas palabras dan cuenta con toda nitidez del angustioso presente a través del que la autora retoma sus recuerdos, selecciona aquellos que incluirá en su libro y decide

publicarlos. La perspectiva narrativa de la condesa combina dos posiciones. La primera de ellas es aquella que transmite tanto sus propias ilusiones y desilusiones así como distintos hechos de la realidad cotidiana y doméstica. Esta óptica trasciende la sola exposición de la realidad social, política y económica. La segunda es configurada por una mirada muy cercana a los archiduques austriacos; con ella interpreta sus pensamientos y sentimientos. Esta perspectiva imperial está igualmente mediada por el conocimiento y la convicción de la necesaria presencia de Maximiliano en México. Es a través de estas dos perspectivas que la condesa juzgará la multiplicidad de novedosos elementos vividos en su itinerario: las incomodidades del viaje, su encuentro con la naturaleza, con indígenas y negros y, por supuesto, la situación política, social y económica del país.

La narración de Kollonitz está fuertemente influida por otros viajeros que la antecedieron y que en ocasiones ella cita en su relato. Así, la descripción del mar con la multiplicidad de sus colores y los peces voladores, ya mencionados anteriormente por Cristóbal Colón y por otras escritoras viajeras como Madame Calderón de la Barca, no dejan de recordar los gabinetes de maravillas de los siglos XVI y XVII. La narración de una travesía azotada por los grandes vientos y las torrenciales lluvias evoca las primeras crónicas de una América desoladora, frecuentemente presente en los primeros cronistas. Estos temas, así como los bellos atardeceres y amaneceres en los que la narración de Kollonitz se complace, son temas también recurrentes de la literatura trasatlántica. La sorpresa o la expresión continua de admiración, lograda mediante la comparación constante entre la realidad europea y la americana, y que según Roberto González Echeverría es “una estrategia retórica que salvaguardó la distancia del viajero europeo que tenía que perseverar en su identidad pese a los atractivos de la naturaleza” (2011: 166), es otro asunto propio de la literatura de viajes que la condesa reproduce en su relato.

Pero es la mirada íntima con la que la condesa dota muchas de sus descripciones lo que va a diferenciar su libro de la mayoría de los relatos de viajes que le antecedieron, pues estos se centraban primordialmente en un recuento y hacían uso de descripciones objetivas, tal como podemos ejemplificar con la obra del mismo Humboldt o con las de los ya también citados poco antes, Poinset, Penny y Lyon, quienes llegaron a México en observancia de comisiones expansionista o comerciales. Por el contrario, la perspectiva de Kollonitz frecuentemente es configurada por 1. la representación de un cuadro sentimental que coloca en primer plano las lágrimas del emperador y la refinada sensibilidad de Carlota y 2. por la atención que en esta aventura reserva para las propias emociones y los malestares que su cuerpo experimenta, por lo que su relato se demora en las constantes incomodidades físicas que padeció durante el viaje.

Probablemente son estas características, aunadas a la filiación romántica, excesivamente edulcorada, según la opinión de algunos críticos, con la que la duquesa describe la naturaleza y las emociones que esta suscita en ella, lo que ha llevado a percibir *Un viaje a México* como superficial y por ello carente de interés:

Vemos, después, con cierta desilusión, que el viaje trasatlántico ocupa más o menos un tercio del libro y que de las otras dos partes mucho es lo que se va en la descripción del paisaje -indudablemente romántica y dulzona- de modo que bien poco es lo que nos queda de interés histórico. (Frost 1971: 605)

Sin pretender negar el velo romántico con el que la autora se abstrae en la contemplación de la naturaleza y el lugar privilegiado que guarda este tema junto con la detallada narración de las costumbres y personajes típicos de la realidad mexicana, creo, sin embargo, que la lectura de este libro resulta sumamente sugestiva. Pues bien, es capaz de ejemplificar y resumir no solo las fuerzas que se movían en México y en gran parte del mundo alrededor de las dos figuras imperiales, sino que también configura, de forma sensible, la manera en la que esta aventura y sus principales protagonistas fueron percibidos por una porción de la población europea e incluso hispanoamericana, sobre todo a raíz del trágico desenlace de la pareja de monarcas.

La narración, a pesar de la filiación de la condesa, en gran medida se va entrelazando alrededor de las tensiones que existían alrededor del Segundo Imperio, unas tensiones propensas a romperse en cualquier momento, no solo debido a la lucha interna entre liberales y conservadores y a las diferencias ideológicas y culturales mediante las cuales los europeos trataron de afirmar su hegemonía, sino también por las diferencias que estos guardaban entre sí y que la condesa tan bien ejemplifica con el reparto de sus simpatías. Un reparto en el cual, podemos afirmar, quedaron muy mal posicionados las legiones francesas y su comandante, el Mariscal Françoise Achille Bazaine, ya que la condesa frecuentemente recrimina su conducta. Así se muestra en el siguiente pasaje, en el que Kollonitz se refiere a las primeras impresiones que le causaron a su llegada al país: “Ésta fue la primera demostración y no debía ser la última, de la arrogancia y de la prepotencia francesas de las cuales muchas pruebas más nos esperaban en México” (1984: 61).

La cercanía con la que Kollonitz interpreta los pensamientos y sentimientos de los emperadores, la adhesión con la causa que los trae a México, la convicción de las bondades de aquella misión y la tribulación por los grandes obstáculos a los que se enfrenta son los principales núcleos a partir de los que se organiza y se dota de tensión narrativa a la obra. En este mismo orden de ideas, se puede señalar que una de las características más importantes del relato de la condesa es configurar su viaje como una aventura épica, como una hazaña en la que los principales protagonistas son los emperadores y ella misma. *Un viaje a México* en cierto sentido, se presenta como un alegato político a favor de la causa del emperador, un hecho que no resulta sorprendente, sobre todo si tomamos en cuenta, tal como antes referimos, que el momento de la escritura del libro coincide con las noticias alarmantes sobre la situación del imperio en México. Por este mismo motivo, también se puede suponer que la caracterización y la escasa mención de Benito Juárez y de Porfirio Díaz constituyen una estrategia para diluir en los lectores la imagen de estos personajes, enemigos de los emperadores y de gran prominencia en la historia de México. En efecto, por un lado vemos que minimiza a Porfirio Díaz al caracterizarlo como un jefe guerrillero con pretensiones de asaltar al emperador y, por otro, aunque se refiere a Benito Juárez como un indígena inteligente, no se le concede ninguna trascendencia en el escenario político mexicano. En cambio, destaca la heroización de Maximiliano. El mismo género discursivo del relato de viaje sirve, pues, para legitimar y para presentar al Segundo Imperio como una de las gestas más trascendentes del siglo XIX.

De esta forma, el estado de admiración que Kollonitz muestra hacia el monarca la lleva a compararlo con el dios Quetzalcoatl y a atribuirles a los indígenas esta misma emoción:

Los indios se agolpaban por todos lados mezclándose a la alegría común. La leyenda de Quetzalcóatl y tantas otras más han permanecido en ellos a pesar de su aparente catolicismo y había dispuesto su ánimo a favor del emperador, en el cual veían al hombre sabio que había cruzado los mares para traerles la felicidad y el esplendor y sacarlos de su miserable condición. Por esto lo saludaban con la más íntima alegría. (1984: 91)

La condesa se muestra además convencida de que Maximiliano sería quien retornase la paz y el bienestar a los mexicanos: “Es verdad que una gran parte de la población sentía gratitud y regocijo esperando que al fin, con la nueva forma de gobierno, retornase la paz y con ella el bienestar y la felicidad a este desventurado y afligidísimo país” (91). Kollonitz argumenta acerca de la necesaria intervención de Maximiliano para poner en orden a la nación mexicana y opina que “si hubiese millones de europeos que pudiesen traer el trabajo que exigen las inmensas riquezas del país y extraer los tesoros de este hemisferio, harían desaparecer la miseria del mundo” (152). De manera constante, se refiere al valioso trabajo de Maximiliano para regenerar al país y a la certidumbre de los propios mexicanos acerca de la capacidad de los europeos para librarlos de sus problemas: “Infinitas veces oí decir a los propios mexicanos que solamente los europeos podían iniciar la reorganización de su país” (139).

Por la fuerza de su adhesión a la causa de Maximiliano se puede explicar su visión favorable de los indígenas mexicanos, a diferencia de las opiniones que le merecieron los nativos de las Islas Madera o de los negros de La Martinica, ante quienes experimenta horror, tal como se puede apreciar en la siguiente cita, en la que describe un festejo escenificado por los nativos en honor del emperador:

La *savanne* estaba llena de guirnaldas, listones, lámparas, globos de colores. Era gentil y bello el espectáculo y las negras bailaban sobre el prado aquella su espantosa *Cam-bulla*, que es un verdadero *sabbath* de brujas.

Nosotros nos mezclamos entre ellas pero me es necesario confesar que viendo aquella masa sucia, sudorosa y agitada que aumentaba cada vez más, que nos circundaba y nos rodeaba portodos lados, no sólo tuve miedo, sino horror. A la vivaz claridad del fuego, al sonido del tamborcillo, entre miles y miles de gritos salvajes y miles de horribles contorsiones, danzaban las negras. Nada me ha parecido tan repugnante ni nunca vi mujeres de naturaleza tan desfachatada y bestial. (51)

Sin embargo, Kollonitz queda seducida por el exotismo de los indígenas mexicanos, para quienes reserva con frecuencia descripciones llenas de benevolencia: “entre estas cosas maravillosas, lo más maravilloso de todo son los indios con su vestido adamítico y su figura descarnada... Así se sientan en las esquinas... con un cigarro en la boca. Haciendo o friendo sus tortillas, o, con extraordinaria gracia, arreglando flores en bellísimos ramos” (115). Kollonitz describe una actitud paternalista por parte del emperador, empeñado en sacar de su atraso al pueblo indígena. La indulgente visión hacia ellos, con toda probabilidad, también la podemos atribuir a la simpatía de la condesa por la causa que trajo a México a Maximiliano y a Carlota. Tampoco debemos olvidar que a los extranjeros que vinieron al país en aquel periodo les llamaron poderosamente

la atención los indígenas mexicanos, pues los consideraban descendientes de los aztecas, lo que a sus ojos los revestía de un prestigio del que carecían nativos de otras regiones. Desde coordenadas colonialistas, claro está, sirvió de motivo para que los pobladores mexicanos, aun los más menesterosos, resultaran dignos de convertirse en súbditos de un imperio como el que encabezaban Maximiliano y Carlota.

Es claro entonces que las expresiones negativas de Kollonitz acerca de los gobernantes mexicanos, así como las frases amables para referirse a la población indígena, se encontraran en la línea ideológica favorable a la empresa de Maximiliano; se trataba del pueblo que este iba a regir, por lo que los juicios que emite acerca de los políticos mexicanos se hacen con severidad para justificar la presencia de Maximiliano en el país, mientras que para la población en general y para los indígenas en particular guarda una visión utópica e idealista, con seguridad influida también por la teoría del buen salvaje.

La condesa no podía quedar fuera de la visión extraordinaria con la que dibujaba el desafío que encaraban los emperadores. A pesar de las obligaciones que implicaba ser la dama de compañía de la emperatriz, Kollonitz convierte su viaje en una empresa en donde encarna la figura de una heroína viajera que tiene que enfrentar múltiples peligros, de los cuales no son los menores las enfermedades que azotaban las costas de Veracruz. Al llegar a México, la primera impresión que recibe es precisamente la de ese puerto, el cual le pareció uno de los lugares más maléficos y malsanos del mundo: “No hay lugar en el Nuevo Mundo cuyo aspecto tan mal satisfaga las ansias y las expectativas de quien llega con el ánimo lleno de esperanzas, como el de Veracruz” (59). Esta sensación se acentuó cuando comprobó que esta población se encontraba desierta por miedo a la fiebre amarilla, por lo que nadie había acudido a recibir al nuevo soberano. Sin embargo, relata la condesa, aun en estas circunstancias Maximiliano conservó toda su dignidad: “Nuestras impresiones fueron dolorosísimas y nuestro corazón estaba angustiado. Sólo el emperador se conservó sereno aunque su serenidad era sarcasmo” (59).

El engrandecimiento del papel de los soberanos llevan a la narradora a revestir de heroicidad su propia figura: “¡La verdad es que el camino era *inconcebible!* Atravesamos torrentes sin puentes, pasamos sobre rocas desmoronadas y troncos de árboles, por pantanos y zanjas y lodazales que nos cortaban la marcha sin tregua” (59). A pesar de todo, la condesa supera todos los obstáculos presentados en su relato: la monstruosa naturaleza, los villanos asaltantes y toda clase de malestares físicos. Finalmente, sale vencedora de todas las vicisitudes y regresa triunfante a su país.

La posición de cercanía con la pareja austriaca servirá a Kollonitz para opinar acerca de las situaciones por las que atravesaba México. Su testimonio ha alimentado el imaginario nacional que se ha tejido alrededor del Segundo Imperio. No podemos omitir que muchos detalles en los que se detiene en su relato, desde las lágrimas del emperador hasta la descripción psicológica de Carlota, han influido en la historiografía de México y en obras literarias surgidas en los últimos tiempos. Este es el caso de la novela *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso, en donde se hace mención a varios pasajes que incluyen la presencia de la condesa Kollonitz al lado de los emperadores. El novelista cita casi literalmente algunos pasajes de *Un viaje a México en 1864*: “El General Almonte, temeroso del contagio de la fiebre amarilla, había sentado sus reales en Orizaba” (1987: 405). Sobre el mismo hecho afirma Kollonitz que “El general Almonte, el cual hasta la llegada

del emperador y durante los tratados por la aceptación de la corona había gobernado el país, espera en Orizaba la noticia del desembarque. Por el temor de la fiebre amarilla se conservaba lo más lejos posible de Veracruz” (1984: 60).

Aunque no exenta de dificultades, la vida imperial mexicana plasmada en las memorias de la condesa Kollonitz toma los tintes halagüeños de un proyecto incipiente, todavía pleno de promesas para la pareja y para quienes los apoyaban. En efecto, *Un viaje a México en 1864* se caracteriza por un enfoque triunfalista respecto al imperio mexicano, a excepción de los últimos párrafos, que arrojan cierta sombra retrospectiva al anunciar los peligros que ya se cernían sobre la pareja imperial.

EL VIAJE DE CARL KHEVENHÜLLER

A diferencia de *Un viaje a México en 1864*, el siguiente diario que examinaremos se centra en los años más difíciles para el imperio, por lo que su visión, lejos de ser optimista, desde un principio parece anunciar el derrumbe del proyecto imperial. Se trata de las memorias “Tres años en México” de Carl Khevenhüller, incluidas en *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867*, editado por Brigitte Hamann en 1983 y publicado en español en 1989. Este aristócrata austriaco llega a México precisamente en la época en la que la condesa Kollonitz regresa a su patria, por lo que las obras de estos coterráneos pueden conectarse para proporcionar un relato completo del Segundo Imperio Mexicano. Mientras que Kollonitz desembarca en México junto a la pareja imperial y su narración comprende precisamente el inicio de la aventura, a Khevenhüller le toca presenciar lo que la condesa solamente conoce por el relato de otros: el desmoronamiento del imperio mexicano. “Tres años en México” es la historia de un joven soldado aristócrata de origen austriaco que formó parte de la expedición que envió a México el emperador Francisco José I para apoyar a su hermano.

Tal como se indica en la introducción de estas memorias, el diario de Khevenhüller fue encontrado por la historiadora Brigitte Hamann cuando buscaba en los archivos de la familia “documentos o correspondencia entre el conde Khevenhüller-Metsch y Rodolfo, el heredero al trono austro-húngaro, cuya biografía deseaba escribir” (Frost 1989: 7). La historiadora austriaca encontró un manuscrito original reescrito a partir del diario que el aristócrata llevó de su experiencia como miembro del cuerpo de voluntarios austriacos que acompañaron al archiduque Maximiliano a tierras mexicanas. Khevenhüller, a instancias de su amigo el historiador Wilhelm Oncken, casi veinte años más tarde reorganizó este diario y la correspondencia que mantuvo durante su estancia en México para reescribir las memorias de este periodo de su vida.

Si bien en la introducción a la obra se califica la publicación del diario que ahora analizamos como producto de la casualidad, creemos por el contrario que el que podamos leer en forma de libro este documento resulta un hecho perfectamente explicable si pensamos en la arraigada costumbre de la nobleza europea de legar escritos autobiográficos para la conservación de sus memorias y de la de sus estirpes. Una tradición de la que, al parecer, la casa de Khevenhüller guardaba una larga práctica a través de varias

generaciones. Los diarios de esta familia de la nobleza austriaca sirvieron en distintos momentos como documentos históricos de una época. A la luz de este hecho, se puede explicar la conservación y posterior difusión de las memorias de la estada en México del militar no como una circunstancia fortuita, sino como el resultado de un esfuerzo consciente y sostenido por toda una dinastía a lo largo de varios siglos, cuya finalidad era dejar constancia de su papel dentro de la monarquía europea y de la trascendencia de su nombre en la historia.

Aun cuando los escenarios de la escritura, conservación e incluso publicación de estas memorias se inscriben en una práctica escritural relacionada con el rango social y con la tradición de la nobleza europea que, podríamos pensar, salvaguarda este tipo de documentos de los imprevistos del tiempo como la pérdida y el olvido entre otras contingencias que acechan a los diarios, a las correspondencias y a otros escritos autobiográficos, la obra que ha llegado hasta nosotros parece filtrada por distintas voluntades y géneros discursivos. Este último hecho muestra las vicisitudes que este testimonio de vida debió sortear para llegar a su publicación, no obstante, el cuidado con el que fue conservado por el propio autor y por sus descendientes.

Según atestigua el propio autor, fue muchos años después de haber finalizado el imperio de Maximiliano en México cuando decide, animado por un amigo historiador, retomar las cartas y el diario que escribió durante su estancia de tres años en México para redactar un escrito mediado por los pesares que le trajo el recuerdo de aquella época: “al componerlo de mis diarios de aquel entonces, una pena indecible me invade el alma” (Khevenhüller 1989: 116). Pero no solamente las propias emociones e intereses tamizados por el tiempo vienen a superponerse en estas letras producidas en un momento crucial en la vida del protagonista, pues la intencionalidad y estilo de los estudios históricos parecen también haber pesado tanto en el conde austriaco a la hora de reescribir sus memorias, como en su editora a la hora en que resuelve insertar numerosas explicaciones a lo largo de todo el texto. Un historiador fue quien animó al autor a componerlo y quien hizo uso y publicó por primera vez algunos fragmentos de este manuscrito, y una historiadora fue quien encontró los papeles en los archivos familiares y decidió editarlos. No sería aventurado afirmar que, en la edición del episodio mexicano extraído de las extensas memorias del conde, prevalece el interés histórico sobre el literario que potencialmente pudiera guardar. Hamann no expresa ningún reparo en intercalar en el relato de Khevenhüller sus propias acotaciones, con lo que se modifica el ritmo, el sentido y la estructuración original de las memorias.

Con todo, “Tres años en México” conserva múltiples huellas de esos primeros escritos a partir de los que fue reescrito. Han sobrevivido las entradas distintivas de los diarios en las que se asienta el día preciso de la escritura, la impronta fragmentaria e impresionista del acontecer cotidiano, e incluso se trasmite la preocupación –común a muchos diaristas y epistológrafos– relacionada con el temor a que ojos distintos al destinatario se entrometan en sus escritos. Este desasosiego en el caso que ahora examinamos parece traspasar el espesor inicial de la escritura para llegar nítidamente hasta nosotros, no obstante que el escrito hubiera ya transitado por múltiples voluntades y géneros discursivos. Esta memoria parece, pues, anclada de forma indeleble en la impronta epistolar y diarística. Ante la eventualidad de que estos escritos caigan en manos indeseables,

el conde prefiere callar opiniones y hechos importantes. A la autocensura a la que se obliga se suma la que le imponen sus superiores: “Nos exhortaron a escribir poco de política en nuestras cartas. Algunos oficiales se conducían efectivamente como reporteros de prensa, lanzaban historias exageradas al mundo, destacaban su papel en los combates: en una palabra, exageraban estas tonterías” (Khevenhüller 1989: 133). Esta declaración revela mucho de la intención que moldea a estos escritos y, de alguna manera, desestabiliza el propio discurso de Khevenhüller, ya que lo coloca en una especie de *mise en abyme* e ilumina los motivos y los mecanismos que rigen su propia escritura.

Como en muchos relatos autobiográficos, esta memoria nos llega a los lectores mediada ya por distintas épocas y voluntades que van confluyendo a lo largo del tiempo en su escritura y edición. No parecen de menor importancia las censuras y autocensuras que también convergen en el escrito y en la suerte editorial del mismo. Probablemente la decisión del conde de no publicar esta memoria se vio fuertemente influida por las palabras del emperador Francisco José I, quien le aconsejó: “no debe publicarlo ahora, pues, ¡se haría de demasiados enemigos!” (Hamann 1989: 102). No debemos olvidar que la estirpe en la que se inserta el oficial austriaco se debía al servicio de la Corona, por lo que la lealtad a la que su linaje le obligaba, podemos suponer, le impedía desoír esta recomendación.

Sin embargo, el relato de la vida del propio autor, el de Maximiliano, y el de múltiples personajes de la época que la obra configura, trasciende el mero hecho histórico para ofrecer un relato sensible de su tiempo, el cual es narrado desde la subjetividad del autor, tamizada por sus amores y sus odios. El diario es recompuesto a partir de un discurso que aparece encabalgado entre el tono épico, con el que se narra el día a día de un militar, y el del íntimo desmenuzamiento del transcurrir de los amores y pesares más acordes al registro subjetivo, propio de los discursos privados.

La narración se presenta pletórica de temporalidad, atravesada por varias etapas históricas y biográficas. Por eso resulta explicable la oscilación temporal de la narración. A veces, aparece el presente propio del registro inmediato de la experiencia, común en la correspondencia y en los diarios, escritos que de forma natural consignan la cotidianidad de su autor. En otros pasajes, en cambio, prevalece el pasado en conformidad al tiempo biográfico de la recapitulación y del ajuste de cuentas de una vida, rasgos frecuentes en la memoria.

El relato que Khevenhüller hilvana alrededor del imperio mexicano de Maximiliano y Carlota se sucede en las páginas de esta obra como un gran teatro de engaños. Los monarcas aparecen como las principales víctimas de la ambición de las grandes potencias que se disputaban México como botín surgido a partir de las postindependencias americanas. Los lances y batallas que escenifica el conde presentan también su relato como una novela de aventuras. No menos importante resulta la articulación del imperio mexicano como el escenario donde transcurre uno de los momentos más trascendentes de la biografía del protagonista. Una etapa valorada desde la distancia temporal que le prestan los casi veinte años transcurridos desde el fin de su servicio a la monarquía austriaca en México y la escritura de la memoria.

Ya en el primer párrafo se recogen algunos de los temas y de las principales imágenes con que Khevenhüller representa al Segundo Imperio. El retrato de la comisión

de mexicanos ilustres que le ofreció la corona al archiduque no deja lugar a dudas acerca de la opinión que le merecerá el carácter del imperio: “Generales sin ejército, abogados arruinados, ministros que habían servido ya bajo todos los presidentes: en conjunto gente que había vendido sus convicciones políticas al mejor postor” (Khevenhüller 1989: 105).

En la narración de sus primeros días en México, durante el paso obligado por Veracruz, se le presenta el país americano como un territorio en el que los intereses de los extranjeros radicados en el país parecen encarnar aquellos que se disputaban el futuro de México en el concierto de las naciones:

Hay dos tipos de comerciantes grandes: los honrados y acomodados alemanes, y los nacionales, pobres y tramposos. Las tiendas (de abarrotes) llegan a pertenecer también a aventureros franceses; los cafés a italianos; los restaurantes, otra vez a franceses. Los españoles de vieja casta tienen muy mala fama. Conocí a médicos alemanes y austriacos a quienes hay que rendir los mayores elogios por su abnegación en los tiempos de fiebre amarilla, esta enfermedad terrible que arrebató el cabo de pocas horas. (109)

La imagen del emperador cercado por la traición, la hipocresía y el interés económico de nacionales y extranjeros, quienes, a juicio de Khevenhüller, solamente buscaban su propio provecho, presentan al imperio como el territorio donde se medían fuerzas desiguales: por un lado, el idealismo del emperador, la valentía y lealtad del ejército austriaco, la honradez de los indígenas y de un puñado de mexicanos ricos partidarios de Maximiliano, y, por otro, la sanguinaria mayoría liberal apoyada por Estados Unidos y los intereses tornadizos de Francia. En este campo de batalla, la nacionalidad y la raza parecen uno de los paradigmas que ayudarán a dibujar con nitidez un claro sistema de sanción moral con el que el conde distingue entre quienes son leales o no al emperador. De estos juicios solo parece escaparse el general mexicano Porfirio Díaz, gracias a la honorabilidad militar con la que se comporta ante los ojos del conde.

Napoleón y su principal hombre en México, el Mariscal Bazaine, encabezan frecuentemente la lista de los traidores al imperio. Los mestizos mexicanos también son vistos con desprecio: “Son una gentuza miserable y venal, que según los acontecimientos políticos o militares se comporta rastreramente o con arrogancia: auténticos mestizos” (147). Los indígenas, en cambio, se señalan como los únicos súbditos leales y valiosos. Pero sobre todas las nacionalidades y razas destacan la probidad y valentía de austriacos y alemanes.

A medida que el imperio se desmorona, Khevenhüller dirige comentarios más exasperados y duros contra los franceses: “Me da lástima el pobre emperador, que está rodeado por estos franceses canallas. Pero no puedo hacer nada para evitarlo, dado que ellos controlan todas las fuentes de ingresos del Estado. Estos rateros nos han traicionado” (169).

A pesar de que la muerte del emperador y la malhadada suerte de la emperatriz trazan uno de los puntos de mayor tensión de las memorias, no son descritos en ellas sino que más bien se refieren las impresiones que causan en el ánimo del autor la incertidum-

bre y la desesperación que agobian al militar durante el fragor de los acontecimientos que relata, así como la posterior culpa y remordimiento que lo martirizan en años posteriores. Estos son los sentimientos que parecen teñir todo el relato con el tono íntimo de la revelación de los afectos y odios, el confesional, propio del ajuste de cuentas o el de la justificación que sobreviene después de un hecho sangriento del que el autógrafo se siente, con o sin razón, con alguna responsabilidad.

Como es previsible en el relato de un oficial, el diario del conde con frecuencia se entretiene en hechos bélicos: describe con detalle algunas batallas y estrategias militares. El relato de las lesiones que sufre el noble austriaco durante las contiendas le da especial dramatismo a las memorias, aunque los padecimientos que le sobrevienen como consecuencia de la guerra que se libra entre el ejército imperial y el republicano parecen llegar a su punto más álgido con la muerte de su compatriota y amigo Carl Kurtzrock. Un tema que le sirve al narrador-protagonista para contrastar el honor que caracteriza su actuación y la de su ejército frente al indigno y cruel comportamiento de sus enemigos:

Sólo ahora viene lo más terrible del drama: Kurtzrock venía bajando lentamente los escalones, apoyado en dos suboficiales y rodeado por los enemigos, cuando un jinete jefe de los Plateados llamado Pérez, quien poco antes había vendido caballos a Kurtzrock en Zacatlán, donde éste la había hablado con brusquedad por una cosa insignificante, se aproximó a Kurtzrock y preguntó: “¿Tú eres el comandante?” A lo que Kurtzrock respondió, tranquilo: “Lo soy”. Entonces el tipo sacó el fusil de la funda y a sangre fría le dio un tiro en la cabeza al pobre Carl. Sternberg, quien no sabía nada de los antecedentes, de repente lo vio en el suelo. Cuando quiso inclinarse para abrazar por última vez al pobre amigo, los liberales lo impulsaron hacia delante con golpes de las culatas. [...] ¡Así son los llamados liberales que siempre llevaban en los labios la palabra ‘libertad’, a los que los americanos suministraban armas y dinero y a los que reconocieron, antes que a nosotros, como los señores del país! (142).

El constante peligro al que está sometido el noble austriaco, las penurias de su ejército y, sobre todo, el recuento de los peligros y de los muchos enemigos que acechan a los jóvenes emperadores, suma de avatares que culmina con la muerte de uno y la sombría enfermedad de la otra, convierten las memorias de Khevenhüller en un estremecedor relato de la caída del imperio.

En este marco narrativo, la heroización de la propia persona resulta una consecuencia casi natural en la trama ética de los acontecimientos narrados. La gallarda figura del militar parece agigantarse en un escenario donde los traidores nacionales y extranjeros, los bandidos, los canallas, los indígenas indefensos y las mujeres hermosas y suplicantes se multiplican, dibujando, pues, los contornos narrativos e ideológicos del segundo imperio.

La valentía y lealtad de este héroe romántico solo pueden resquebrajarse por un sentimiento superior a él mismo. Se presenta entonces al conde debatiéndose entre el amor y el deber. Un terrible sentimiento de culpa que lo atormentará a lo largo de su vida parece ser su castigo y uno de los principales nudos dramáticos que dan sentido a la tragedia que se teje alrededor de las figuras imperiales:

Pese a todo, ¡ojalá no la hubiera visto nunca! ¿Qué sucedió dentro de mí, que de tal manera pude olvidarme de todo por ella? Las terribles acusaciones se alzan como las cabezas de las Erinias ante mi horrorizada mirada y exclaman con voces arrolladoras: ¡Tuviste gran culpa en el terrible fin de tu emperador! Hubieras podido cambiar los sucesos. ¿Por qué no te arrancaste del férreo abrazo que sujetó en forma tan atroz tu ser? Pues ¡ante todo el sagrado deber! Tu emperador acudió a ti en grave necesidad... y no respondiste. No hay disculpa posible, fuiste un miserable. (117)

Por último, es probable que este breve examen de “Tres años en México” resultase incompleto sin una referencia al relato de viaje que estas memorias entrelazan con el diario del militar. Pero antes de referirnos a este aspecto es necesario recordar que no solamente los soldados extranjeros del imperio escribieron correspondencias, diarios o memorias en las que consignaban sus experiencias y sus desplazamientos por el territorio mexicano; también los próceres y soldados republicanos mexicanos que se vieron obligados a transitar por el territorio nacional engendraron narraciones de viajes. Exiliados por distintos motivos en su propio territorio, de manera paradójica, en la mente de estos viajeros mexicanos ocupaba un primer sitio la misión de reconocer y dar a conocer la todavía recién inaugurada geografía republicana. La estela que sus escritos dejaban trazaba la cartografía imaginaria del nuevo país. Sus travesías se convierten en una misión de descubrimiento y construcción de un nuevo espacio nacional. Para este apóstolado se valen de la descripción de tipos, costumbres, arquitectura y de todo aquello que pudiera distinguir al país dentro del concierto de las naciones y que sirviera para que los nuevos ciudadanos se reconocieran en la realidad que estos relatos ofrecían.

Mientras que para los intelectuales liberales el viaje era una oportunidad para la reappropriación y para el recuento geográfico, para Khevenhüller el mapa mexicano se transfigura en las regiones liberadas para el desplazamiento de la pareja imperial. El territorio mexicano se convierte en el escenario de los desplazamientos de la pareja de monarcas y el espacio conquistado para las fiestas y celebraciones del imperio.

Los límites del señorío imperial se miden por las ciudades y los territorios ganados al enemigo, por la distancia que el ejército leal a Maximiliano puede resguardar y por los sujetos que se mueven en él: extranjeros, mestizos e indígenas. Se dibuja un país habitado por militares y civiles, extranjeros y nacionales.

La naturaleza y la geografía se traen a la narración en tanto escenarios de batallas y marchas del ejército conservador. A medida que las fuerzas militares de Maximiliano se van debilitando, Khevenhüller observa la inmensidad del territorio mexicano y la imposibilidad de resguardar los límites del imperio: “El cuerpo austriaco debe mantener el orden en la región desde Oajaca hasta México, y de allí hasta Camerón y Jalapa. Es una extensión equivalente a tres cuartos de Hungría y una tarea casi imposible para unas fuerzas tan reducidas, además de que son tiempos de guerra y frente a un enemigo de números muy superiores” (Khevenhüller 1989: 134).

Vemos, pues, que si para la condesa la naturaleza y el paisaje mexicano constantemente son motivo de deleite, para el militar austriaco, en cambio, la geografía y la vastedad territorial parecen convertirse en enemigos empeñados en irle cerrando el paso a su tropa, hasta que finalmente las fuerzas liberales lo confinan a él, y a lo que resta de sus

hombres, a la ciudad de México, donde permanece a la espera de un salvoconducto que le permita regresar a su patria.

Para concluir el análisis de las obras de estos dos austriacos que se vieron obligados a desplazarse por tierras mexicanas en una época especialmente crítica de la historia de México, podría resultar de utilidad traer aquí la explicación de la configuración de lo nacional como espacio conflictivo en el que se expresan dicotomías estructurales, para así tratar de entender las memorias de Kollonitz y de Khevenhüller como discursos contrastantes respecto a las expresiones totalizadoras y homogeneizadoras con las que frecuentemente se trata de aprehender el siglo XIX mexicano.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel (1868) *Revistas literarias de México*. México, T. F. Neve.
- FROST, Elsa Cecilia (1971) "Habent sua fata libelli". *Historia Mexicana*. 26 (4): 603-614.
- (1989) "Prólogo superfluo a un bello libro". En: Brigitte Hamann *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867*. México, Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, Roberto (2011) *Mito y Archivo: una teoría de la narrativa latinoamericana*. Trad. Virginia Aguirre Muñoz. México, Fondo de Cultura Económica.
- HAMANN, Brigitte (1989) *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867*. México, Fondo de Cultura Económica.
- KHEVENHÜLLER, Carl (1984) "Tres años en México". En: Brigitte Hamann *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867*. México, Fondo de Cultura Económica.
- KOLLONITZ, Paula (1984) *Un viaje a México en 1864*. Trad. Nefatli Beltrán. México, Fondo de Cultura Económica.
- MEJÍAS ALONSO, Almudena, coord. (2016) *Historias de un imperio: Maximiliano y Carlota en México*. Madrid, Editorial Verbum.
- PASO, Fernando del (1987) *Noticias del imperio*. México, Santillana.
- PRATT, Mary Louise (2010) *Ojos Imperiales, literatura de viajes y transculturación*. México, Fondo de Cultura Económica.